

El agua en la memoria.

Todo era blanco y gris hasta que le vio en el embarcadero, de pie, inmóvil, con la mirada fija en el río. Su estrepitoso anorak naranja resaltaba con dureza en aquel entorno de silencio helado. Un involuntario estremecimiento sacudió a Hector. Desde que salió del hospital había visto a aquel individuo en seis o siete ocasiones, siempre a horas intempestivas, siempre mirando al río. Decidió pasar del tipo y centrarse en lo importante y lo importante hoy era la regata. Inspiró con fuerza y comenzó a remar muy lentamente. Hector nunca se había sentido tan vivo como en aquella mañana de recio invierno castellano. A punto ya de jubilarse seguía bajando al agua a diario para entrenar con su piragua de competición, rutina que, en cuarenta años, sólo interrumpió en una ocasión. El "pb" que decía su hijo Mario tuvo la culpa. Aún recordaba con angustia la tos constante, la incapacidad de sus pulmones para atrapar oxígeno, el ingreso urgente, los cuidados intensivos y al personal sanitario luchando a muerte por su vida contra el bicho; el *puto bicho*, que a poco se le lleva por delante. Afortunadamente todo aquello quedó atrás, y sin saber ni como, volvía a estar otra vez en el río, en su río.

Mientras calentaba, paleando a medio gas, reparó en que aquella mañana el Pisuerga bajaba recrido, pero sereno, lento, casi acogedor. La niebla varada en la superficie propiciaba una helada aún más intensa que congelaba la bruma para convertirla en cencellada. Aún encendidas, las farolas de luz anaranjada intentaban, exhaustas, iluminar el paseo a lo largo del jardín de las Moreras que aparecía a su izquierda. Al poco, con los músculos ya en tensión, comenzó a remar con mayor intensidad, rompiendo el silencio con el apagado sonido de la pala al hendir el agua. Hector se sentía fuerte, vital y seguro de sí mismo, convencido de que el río le transmitía esa energía que el virus le sustrajo. Llegó hasta el puente de Arturo Eyries, pasada la isla del Palero, y allí giró para volver a la playa de las Moreras, aun restaba media hora para el inicio de la regata, pero quería ir con tiempo. Alcanzó enseguida el Puente de Hierro y al cruzar bajo su osamenta metálica escuchó voces reverberadas, anuncio del grupo de piragüistas que al poco apareció; lo encabezaba Javichu, que pastoreaba atento a un grupo de entrenamiento; tres chicas y dos chavales; aun adormilados, agarrotados, más bien torpes y con menos técnica que un botijo, pero con ese disciplinado coraje que, como a él desde los catorce años, les empujaba a bajar al agua un domingo al amanecer y entrenar sin descanso hasta media mañana.

No quería entretenerles así que viró a la derecha para dejarles pasar. Concentración, indiferencia o sueño, igual daba, el caso es que ninguno se percató de su presencia, salvo uno de ellos, un rubiales con cara de pillo, chaleco rojo y pelo rizado que permaneció mirándole fijamente. Hector le sonrió y levantó la mano para saludarle cuando de repente apareció frente a él. En una piragua azul, justo detrás del grupo, surgió de la niebla el hombre del anorak naranja; remaba con una cadencia lenta, impasible y se dirigía directamente hacia él. Cuando estuvo a pocos metros, Hector constató que la extrema palidez de aquel rostro contrastaba con su cabello lacio y rojizo. Hector le gritó, conminándole a girar y evitar así un choque inminente, pero fue inútil, no corrigió ni un milímetro su trayectoria. La explosiva reacción de Hector, que con dos potentes paladas logró apartar su piragua, evitó un golpe seguro. Pasado el susto se giró para recriminarle su comportamiento, pero para su sorpresa solo encontró niebla y silencio.

Todavía alterado por el encuentro, se dirigió directamente a la playa de las Moreras, punto de salida de la regata. En este tramo el río aparecía ancho y sosegado, motivo por el que allí se celebraran las competiciones que habían situado a Valladolid en el mapa del piragüismo internacional. Según se aproximaba pudo distinguir a Joaquín, puntual en exceso, que calentaba paleando en series muy cortas. Ya llegando se le unió por la derecha Chuchi, remando pausadamente con su contenida elegancia. Tras los saludos, algo más serios de lo habitual, se situaron en la línea de salida con rapidez. La regata debía de empezar exactamente a las 9.00 en punto, como hace treinta y cinco años y apenas restaban unos segundos. Miró a Chuchi, alineado a su izquierda; tenso, concentrado, impaciente. Aquel fornido sesentón comenzó en el piragüismo para impresionar a una muchacha de Las Delicias. La chica acabó saliendo con un aprendiz de peluquero de Mucientes y él, despechado, acabó convirtiéndose en campeón olímpico. A su lado, cerrando la fila, Joaquín: alto, escueto y fibroso como un Don Quijote con chaleco salvavidas. Su inicio en el remo derivó directamente de un mandato paternal que lo condujo forzado a la disciplina y dureza del río pucelano, ante el rumbo que comenzaba a tomar su adolescencia.

Chuchi, con voz profunda y algo tomada por el frío, se encargó de desgranar con impaciencia la cuenta atrás, y al terminar los tres salieron en un impresionante estallido de potencia y velocidad. Chuchi se colocó al instante en cabeza, paleando muy duro, con esos brazos musculados que imprimían una rapidez endiablada a su embarcación; le seguía de cerca Joaquín y detrás de todos ellos Hector que, a pesar del entrenamiento de los últimos meses, aun parecía acusar el zarpazo de la

enfermedad. Se mantuvieron a escasa distancia paleando con ímpetu hasta el momento de la ciaboga una vez atravesado el puente del Poniente. Hector y Joaquín sabían que en el giro se encontraba el talón de Aquiles de Chuchi. No tendrían otra oportunidad contra su potencia desmesurada y la aprovecharon. Con una maniobra perfectamente ejecutada lograron sobrepasarle por la derecha, situándose Joaquín, por escasos centímetros en primera posición, seguido de Hector que logró seguirle con destreza en la maniobra. Le dolía terriblemente el costado, pero ya quedaba poco, muy poco, debía mantener la escasa ventaja sobre Chuchi que en aquella recta final haría valer toda su fortaleza. Hector se concentró, focalizó toda su energía en la pala y en el sprint final remó con fiereza, como poseído por una potencia sobrenatural. Entraron los tres tan igualados en la línea de meta que resultó imposible determinar quién había ganado.

Hace exactamente treinta cinco años una regata marcó para siempre sus vidas. Los tres se conocían de vista y eran los mejores del club en su categoría. Enrique López "Pitu", el entrenador, necesitaba seleccionar a un piragüista para el campeonato regional y se lo propuso: simple, kilómetro y medio desde la playa con una ciaboga a mitad del recorrido, todo o nada, el que gane competirá en los regionales. Aceptaron el trato de buen grado. Ese domingo de enero de 1986, solo unos pocos patos fueron testigos de una regata formidable, digna de una final olímpica, en la que los tres se partieron el alma sin escatimar un ápice de esfuerzo, potencia y destreza. La entrada en meta fue tan ajustada que a "Pitu" le resultó muy complicado asignar la victoria. Al final Joaquín acudió al campeonato, obteniendo un meritorio tercer puesto. Lejos de enemistarles, consideraron que aquel triunfo pertenecía por igual a los tres y en ese momento comenzó a fraguarse una amistad que ha perdurado inquebrantable hasta hoy. Desde entonces, sus mejores recuerdos, se encontraban en el agua, en aquel río, junto a sus piraguas y en memoria de esa fecha, cada año, el último domingo de enero celebraban, como un ritual sagrado, la misma regata que aquel día, a la misma hora, el mismo recorrido y los mismos participantes.

Hector, agotado por el esfuerzo, logró zafarse de esos recuerdos y al mirar hacia la playa, a su izquierda sufrió un sobresalto que le hizo zozobrar; el tipo de anorak naranja volvió a aparecer frente a ellos, mirando al río, como de costumbre, solo que esta vez manejaba lo que parecía una extraña cámara de fotos. Se giró a la derecha para preguntar a Joaquín, por aquel pesado que parecía seguirle constantemente, pero le vio alejándose junto a Chuchi en dirección al embarcadero.

Al alcanzar el embarcadero se sorprendió por la cantidad de personas que lo abarrotaban; todo el club al completo se encontraba reunido allí y muchos otros de diferentes clubes de Castilla y León. Entre todos pudo distinguir a Julia, su mujer, con la expresión seria, algo inusual en ella, pero tan guapa como siempre. Le hizo señas desde la piragua, pero no obtuvo respuesta, mucha gente se le acercaba a saludar y casi no miraba hacia el río. De pronto distinguió entre la multitud el inconfundible anorak naranja. Decidió acercarse, preguntarle quien era y qué es lo que quería, decirle de una vez qué ya estaba bien de acecharle. Justo cuando se acercaba para desembarcar pudo observar extrañado como Joaquín y Chuchi se acercaron al tipo del anorak y tras conversar un instante les enseñó algo que extrajo de una carpeta y que parecía una foto. Desde la escasa distancia a la que se encontraba pudo notar como la expresión de su rostro cambió totalmente, congelándose en una mueca de extrañeza y desconcierto. De pronto, retumbo en todo el río el sonido cerrado de un enorme aplauso y Hector observó como varios chavales de la escuela desplegaban desde el puente una enorme pancarta de tela. Tardó varios minutos en reaccionar incapaz de asimilar lo que sus ojos veían y entonces como un destello, todo adquirió sentido.

Otto no se quedó al homenaje, una vez terminado su trabajo debía volver a Frankfurt. Se apoyó en la barandilla y saludó con la mano a modo de despedida hacia el río. Durante más de quince años había recorrido medio mundo buscando acá rastros del más allá, pero solo descubrió montajes, trucos, falsedades e ignorancia. Aquellas insólitas apariciones de un piragüista entrenando en un río de una ciudad española, llegaron, casi por casualidad, a la redacción de la revista en la que trabajaba. A pesar de sus reticencias iniciales, su jefe consideró que verdadera o falsa la historia daba para unos buenos titulares así que, al día siguiente, encontró sobre su mesa un anorak naranja, regalo de su jefe, y un billete de avión con destino al aeropuerto de Villanubla en Valladolid. Al llegar, Otto comenzó una meticulosa investigación; entrevistas, fotos, toma de muestras, revisión de documentación...Después de un mes de trabajo incesante adquirió la convicción de que aquella aparición no constituía un truco, ni un error, sino algo real, algo que ocurría en el río y que solo unos pocos podían ver. Redobló sus guardias y pasó noches enteras en la orilla, mirando al río, escuchando cualquier sonido extraño, sin obtener resultado alguno.

Ya estaba a punto de rendirse cuando se fijó en un cartel del tablón de anuncios del Club, convocando al homenaje que tendría lugar el domingo 28 de enero. De ahí le resultó sencillo descubrir la existencia del grupo de amigos formado por Chuchi,

Hector y Joaquín y en ese instante algo por dentro, quizá un instinto que suponía ya atrofiado, le avisó. Se reunió con ellos la víspera del homenaje y tuvo que reprimir su nerviosismo, cuando le hablaron sobre esa tradición de la regata entre los tres amigos cada último domingo de enero. Lo preparó todo concienzudamente para esa mañana, incluso recorrió unas horas antes el río embutido en su neopreno, sin ver nada.

Tomó la foto desde la orilla cuando Joaquín y Chuchi cruzaron a toda velocidad la línea de meta; a pesar de la complejidad de aquella cámara de espectro completo, tardó poco en revelarla a la antigua usanza. Depositó la foto aún húmeda sobre la mesa de la sala que el club le alquiló durante la investigación, y con una pequeña lupa comenzó a inspeccionar muy lentamente la foto. Por supuesto, allí estaba, lo sabía, una tenue silueta envuelta en un destello de luz, pero de contornos precisos. No cabía duda era Hector Martín, uno de los piragüistas más importantes del país, aparecía junto a Joaquín y Chuchi entrando perfectamente igualados en la meta.

Hector comenzó a remar lentamente, agradecido, no sabía a quién o a qué, y feliz; Supo que debía seguir su camino. Algo, quizá una promesa de luz entre la niebla, le llamaba a continuar río abajo, a dejarse llevar por la corriente; tras despedirse de Julia en un susurro de cariño, atravesó el puente bajo la pancarta que mostraba en grandes letras negras su nombre y una promesa de recuerdo perpetuo.

FIN